



# EN BUSCA DEL PARADIGMA

*Felipe GONZÁLEZ*

**¿Cómo encontrar el paradigma o los paradigmas de esta nueva era histórica en la que nos ha tocado vivir? Los seres humanos, como seres históricos, con un código de señales que heredan y aprenden en un ámbito cultural, en un conocimiento que se transmite de unos a otros, sienten mucha inquietud cuando los paradigmas se pierden, cuando ese código de señales se hace turbio o difícil de comprender.**

**E**sto ocurre a veces en la historia, ocurrió en el paso de la Edad Media al Renacimiento; ocurrió en la liquidación o en la sustitución económica, social, política y cultural de la sociedad agraria por la sociedad industrial. Y ocurre en este momento, en el que la sociedad industrial se queda atrás y se abre paso una nueva era, a la que todavía no sabemos denominar bien, y una nueva sociedad a la que unos llaman la sociedad de la información y

otros la sociedad del conocimiento. A diferencia de otros cambios históricos, significativos y civilizatorios, los cambios de ahora se dan con una velocidad y con una profundidad a la que no estamos acostumbrados, y nos es difícil acostumbrarnos, como seres históricos que somos.

No sólo en las sociedades con un componente rural amplio, sino en las sociedades industriales avanzadas, mu-

---

***No podemos aceptar  
como paradigma  
de este momento histórico  
la ausencia de paradigmas.***

---

chas de las referencias son aún rurales. Eso explica que la policía francesa reprima una manifestación de obreros del metal pero nunca se le ocurra reprimir una manifestación de campesinos, aunque vayan con sus vacas a la Torre Eiffel. Por lo tanto, esas raíces perviven.

Pongamos el caso de España. España se puede definir de muchas maneras: ha dejado de ser un país oscurantista y dictatorial y es ahora un país libre, con mayor potencialidad expresiva. Ha pasado de ser un país emergente a ser un país central, con muchos avances en términos de modernización, participación en el desarrollo, educación, salud, etcétera. Pero me inquieta un problema: cuando hicimos la transición y consolidamos la democracia hace veinte años —muy poco tiempo—, los paradigmas estaban razonablemente claros.

Yo era joven todavía y de mayor quería ser como los socialdemócratas europeos; quería que mi país fuera como otros países europeos: un país moderno, con una democracia consolidada y un sistema de seguridad social; un país donde la educación se universalizara y la sanidad también (quiero recordar aquí a mi ministro de Sanidad y amigo entrañable, Ernest Lluch, que acaba de morir asesinado). Teníamos bastante claro el libreto, los paradigmas aún no estaban en crisis; el que era más de izquierda hacía énfasis en unas cosas, y el que era de derechas, en otras. Se trataba

de un cambio histórico muy profundo, pero con libretos preestablecidos que se podían seguir con facilidad.

México, por ejemplo, vive ahora un cambio histórico, de organización del pluralismo, de modernización del Estado y de democratización. Pero ese cambio histórico coincide con otro: la globalización, un fenómeno inducido por una revolución tecnológica sin precedentes, cuyo factor básico es la revolución de la información. La globalización está impactando en la economía, en el sistema financiero internacional, en la política, y está exigiendo cambios, pero cambios que todavía no se sabe cuáles van a ser y cuáles deben ser. No están predeterminados.

La única estructura política que conocemos para responder a cuestiones de soberanía, de identidad, a problemas económicos y sociales, es la estructura política del Estado-nación; pero hoy, ni la información, ni la economía, ni las finanzas se están decidiendo dentro de la frontera del Estado-nación. Por tanto, algo hay que hacer y pronto, y buscar un nuevo paradigma. Lo que no podemos aceptar es que el paradigma de este momento histórico, de tránsito civilizatorio, sea la ausencia de paradigmas.

Ese paradigma no puede ser sólo el de la sociedad de mercado. El mercado, desde luego, no da ni tiene sensibilidad social. Dejado a su libre desarrollo, el mercado tiende al oligopolio, y si puede, al monopolio, a la eliminación de la competencia. No sólo optimiza el beneficio, sino que logra optimizarlo mediante la eliminación, si no hay reglas, de cualquier tipo de competencia. Por tanto, no hay que pedir al mercado lo que el mercado no puede dar. Sin embargo, los seres humanos no pueden estar sólo sometidos a esa regla del mer-

cado. Ha habido una relación entre democracia y mercado, que forman una pareja absolutamente desequilibrada. La señora democracia suele ser bastante fiel, pero el señor mercado, cuando no le va bien con la democracia, contrata a Pinochet o a cualquier otro, para acabar con esta señora, y casarse con otra, sea la dictadura o cualquier otro sistema autoritario. Ahora bien, el mercado forma parte de un paquete imprescindible de libertades humanas, que es la libertad de iniciativa.

Seguimos buscando paradigmas que nos den un poco de seguridad. Incluso los pueblos que viven con niveles de vida altísimos, envidiables, con elementos de cohesión fantásticos desde el punto de vista del Estado del bienestar, como Francia, llevan veinte años con una enfermedad llamada *malaise*: se sienten mal, desasosegados, y no saben por qué. Saben algo: aquello que Francia fue ya no lo es, y además no lo volverá a ser; pero tampoco saben qué va a ser.

La *malaise*, con mayor o menor gravedad, está extendida por todo el mundo. Estamos viviendo rápidamente un cambio civilizatorio muy profundo, y lo más preocupante es que la política está muy atrasada respecto del cambio civilizatorio.

Pasados dos siglos, vemos que el saldo de la sociedad industrial y de sus efectos políticos, económicos y sociales fue un saldo positivo, pero el sufrimiento humano que producen esos cambios no se mide con perspectiva histórica sino que se siente en el momento.

Yo no me conformo con el conservadurismo intelectual que rechaza adaptarse a los cambios, no quiere anticipar

algunos de los fenómenos, ni modificar los comportamientos, sea en la política o en cualquier otra actividad. Quiero que el espacio de las oportunidades sea lo más amplio posible, y lo menor posible el de los riesgos que supone un cambio civilizatorio de esta naturaleza. Esto sólo depende de la actitud y de la voluntad de los dirigentes, de los líderes, políticos o de otra naturaleza.

El cambio civilizatorio está creando nuevas fronteras, y no son las mismas de la sociedad industrial. Unos países se están incorporando, mientras que otros se están descuidando. En el sureste asiático, por ejemplo, a pesar de la crisis, hay países que han dejado de ser emergentes y que han alcanzado interesantes niveles de renta, y aunque la redistribución de riqueza no sea buena, la redistribución indirecta, a través de la salud y la educación, es muy consistente. Si tomamos el caso de Corea y lo comparamos con un país latinoamericano, vemos que el aprovechamiento educativo en la primera es cinco veces mayor. Y esto supone una redistribución de la riqueza, quizá la más importante que hay. En Corea han hecho una verdadera revolución, una revolución educativa, de preparación de un capital humano y por tanto de anticipación de algunos de los desafíos que deben enfrentar.

¿En qué consiste el proceso de globalización? El motor es una revolución tecnológica sin precedentes, sobre todo

---

***Depende de la actitud  
de los dirigentes políticos  
saber mitigar los riesgos  
del cambio civilizatorio.***

---

en materia de comunicaciones. Es una revolución en la comunicación entre los seres humanos que ha conseguido eliminar las barreras del tiempo y del espacio. Hoy se puede comunicar, en tiempo real, con cualquier ser humano en cualquier lugar del planeta. La velocidad a la que se extiende esa revolución de las comunicaciones es mucho mayor que aquella a la que se extendía el uso de la luz eléctrica.

Y hablar de ese motor de la transformación civilizatoria no es una nueva exaltación de la tecnología, como pensarían algunos. Casi todas las revoluciones mundiales que han valido la pena han sido revoluciones de comunicación entre los seres humanos, incluidas las conquistas imperiales. Las demás no han sido revoluciones, o han sido revoluciones como las que definía André Malraux: un día de fuego y cincuenta años de humo. En cambio, las revoluciones de comunicación transforman los comportamientos de los seres humanos, y crean nuevas etapas en la historia de la humanidad. La importancia de esa revolución comunicacional se está notando ya en la economía, en la política, en las finanzas y en la cultura: en todas las actividades del ser humano. El impacto está alterando todos los parámetros conocidos.

¿Por qué la política se retrasa? La política no tiene que ser de izquierda o de

---

***Casi todas las revoluciones  
han sido revoluciones  
de comunicación  
entre los seres humanos.***

---

derecha para ser conservadora; la política se puede permitir el lujo de esperar un rato, mientras que una empresa, por ejemplo, si se permite el lujo de esperar un rato, se la lleva el viento. Si un empresario no está atento a los cambios que se están produciendo, simplemente se sale del mercado.

El Estado-nación está en crisis por una razón muy sencilla: el ámbito de toma de decisiones relevantes coincide hoy pocas veces con el Estado-nación. Esas decisiones suelen estar en un nivel muy inferior, local, o en un nivel muy por encima del Estado-nación, supranacional. Seguimos practicando la soberanía, la identidad y la democracia representativa sólo en el Estado-nación. Es preocupante el desajuste de la política respecto del proceso de toma de decisiones.

Las estrategias económicas de las empresas que marcan la pauta de la globalización no se refieren al Estado-nación. Más aún, esta economía desborda al Estado-nación.

La información tampoco tiene como referencia al Estado-nación. Además, por primera vez la información es puramente unidireccional; las grandes potencias que generan la información no dialogan con el otro, no conocen la otredad, simplemente transmiten su opinión, y la transmiten en una sola dirección, con sus pautas y sus valores culturales. El receptor de esa información reacciona afirmando su identidad y rechazando la homogeneidad. Si el receptor es de izquierda lo llama «globalismo» en una típica reacción de protesta de la izquierda. Esto tiene su componente de razón, porque los efectos de la globalización que vemos son efectos todavía negativos, y lo serán hasta que no se encuentre un para-

digma de sostenibilidad que equilibre el nuevo modelo emergente incorporando a un número de ciudadanos cada vez mayor y produciendo una mejor redistribución de las oportunidades que genera el modelo.

Pero mientras unos se distraen protestando por los efectos perversos de la globalización (aunque tengan razón en cuanto a estos efectos perversos, como otros la tuvieron cuando emergía la sociedad industrial), otros aprovechan las oportunidades.

El poder económico se está globalizando, sin duda. El número de las empresas significativas se está reduciendo. En el sector de telecomunicaciones, van a quedar cuatro o cinco grandes empresas. Para ninguna gran empresa es un problema tener servicios o producir componentes en cualquier lugar del mundo. Le interesará más estar ahí donde el capital humano tenga mayor capacidad de respuesta a los nuevos desafíos. Por tanto, la educación es una buena tarea para que se ocupen de ella los políticos. Ya que no gobernamos el capital, al menos podemos gobernar el capital humano, y prestar atención a su mejora, puesto que todas las oportunidades van a depender de ello.

Pero la economía financiera se ha globalizado hasta tal punto que parece más bien un casino financiero internacional. Los movimientos de capital no responden a ningún criterio previsible, y por tanto no se pueden evitar algunas de las catástrofes financieras regionales. Se están moviendo entre 1,4 y 1,5 billones de dólares de capital en los mercados cada día; es el equivalente al doble de la riqueza que crean cada año en el continente africano 700 millones de seres humanos, desde Marruecos hasta Suráfrica. Un 93% de los

movimientos de capitales en los mercados mundiales se realizan en menos de una semana, y sólo el 7% se queda: son inversiones duraderas o responden a transacciones de mercancías o de servicios, es decir, al comercio tradicional.

¿Cómo no iba a impactar esto seriamente en la realización de la política? En el Estado-nación hay cosas que ya no se discuten; por ejemplo, no hay ninguna nación que se precie de descuidar su macroeconomía. El que no tiene una macroeconomía sana, el que sigue jugando a lo que se jugaba en los años sesenta, inflación y desarrollo, o desarrollo inflacionista, simplemente se sale del mercado. Por lo demás, me inquieta la homogeneización de las recetas macroeconómicas para países que tienen situaciones totalmente diferentes y, por tanto, prioridades radicalmente distintas. No es muy importante que Estados Unidos pase del 5% de crecimiento al 2,5%, y por tanto que se controle o se enfríe el consumo disparatado para controlar o compensar la balanza comercial. Con niveles de renta de 26.000 o 27.000 dólares por habitante, esto no es dramático. Pero si ocurre lo mismo en algún país con 5.000 dólares de renta *per cápita*, y una parte de la población con 500 o 400 o 600 dólares, darle un golpe al consumo o al crecimiento, bajándolo del 5% al 2%, es un drama de desempleo y ausencia de bienestar sin paliativos.

---

***Ya que la política no gobierna  
el capital financiero,  
puede al menos gobernar  
el capital humano.***

---

---

***El ámbito de toma  
de decisiones importantes  
coincide hoy pocas veces  
con el Estado-nación.***

---

Cuando se aplica la misma receta, aunque a veces sea necesario, los efectos sociales son más duros, no sólo porque los niveles de renta son más bajos. Cuando se debe controlar la inflación o cualquier otro desequilibrio en un país emergente, se tiene que subir los tipos de interés, no como Greenspan o como el presidente del Banco Central Europeo, en un cuarto de punto, o en medio punto. Al contrario, hay que subir las tasas de interés veinte, treinta o cuarenta puntos, como hizo Fernando Henrique Cardoso en la crisis que contagiaron a Brasil desde el sudeste asiático y Rusia. Y cuando en Brasil subieron los tipos de interés al 40%, el mismo organismo financiero internacional dijo: «Con esas tasas de interés no pueden financiar su deuda». Y era verdad, Brasil no podía financiar su déficit al 40%, y entonces no quedó más remedio que recortar el gasto público durante los próximos cinco años, gasto que de por sí era muy bajo. El pozo de depresión y de costo social es impresionante.

Hay un fenómeno colateral. La caída del muro de Berlín marcó un cambio de era. Allí cambió el «siglo corto», como lo llama Hobsbawm en su *Historia del siglo XX*: un siglo corto y terrible que empezó con la guerra de 1914, y acabó en 1989 con la caída del muro de Berlín.

Discutiendo con Gorbachov he llegado a la conclusión de que la caída

del muro de Berlín es el símbolo de ese cambio de era, y precipita el hundimiento de la Unión Soviética porque ésta pierde la batalla tecnológica. Esta es la razón de fondo del desmoronamiento de un sistema que por cierto era muy frágil, como se ha podido ver. Cuando Reagan anunció en 1984 que tenía en preparación un escudo espacial para defenderse de una posible agresión de misiles soviéticos, Andropov, que era el hombre más inteligente de aquella gerontocracia que dominó la Unión Soviética durante tantos años, reunió a los científicos y les preguntó: «¿Lo que está diciendo Reagan es verdad?». Le respondieron: «No, no es verdad todavía, pero tienen la tecnología, y si tienen la voluntad y el dinero va a ser verdad».

En la Unión Soviética creyeron que la primera crisis del petróleo les daba una ventaja inconmensurable, y que la investigación en materia de información era una tontería, un capricho de los occidentales, empezando por los norteamericanos, y que no había que hacerle caso. Por tanto, aunque tenían una gran potencia científica, quedaron rápidamente retrasados. Perdieron el tren del desarrollo.

Gorbachov quiso resolver este problema y nos cambió el mundo. Desde luego, no arregló las cosas para la Unión Soviética; su política de reforma económica y de reforma informativa se volvió contra él, y hoy tiene sólo el 1% de apoyo en la Unión Soviética.

La caída del muro de Berlín marca ese momento de crisis, pero el mismo Estado-nación también está en crisis. No digo que esté en crisis terminal, pero si seguimos distraídos, si no estamos en condiciones de modificarlo, de transformarlo, de adaptarlo a las nuevas

necesidades, entrará en una crisis mucho más grave, y habrá pocas respuestas de democracia representativa.

En países como México no sólo hay que consolidar la democracia representativa clásica, sino responder a las nuevas amenazas que tal democracia está viviendo dentro del Estado-nación. Por tanto enfrenta una doble transición, un doble cambio histórico.

¿Qué le está pasando al Estado? El Estado es pequeño para determinados desafíos, y demasiado distante y lejano para las necesidades locales de los pueblos que representa. ¿Por qué Estados Unidos encabeza la globalización o este desafío tecnológico? No sólo porque es rico, porque menos del 5% de la población mundial consume el 25% de la energía, o porque tiene cincuenta estados con una democracia local, flexible. En cambio, Europa, que nace como comunidad europea, por razones bien distintas de la exigencia de globalización en este momento se encuentra en un ciclo de «euro-escepticismo», de «euro-esclerosis». Los dirigentes europeos se han vuelto escépticos sin darse cuenta de que la Unión Europea es un inesperado regalo para enfrentar los desafíos de la globalización. Sin embargo, se dedican a practicar el nacionalismo de vía estrecha, en lugar de fortalecer esa estructura política que tienen a mano. Por eso hablo de retraso de la política.

México no puede vivir sin su Tratado de Libre Comercio (TLC), pero tampoco Estados Unidos. Y Estados Unidos no podrá vivir en la siguiente generación si no cuenta con el capital humano de cincuenta millones de mexicanos de menos de veinte años, porque su demografía se lo impide. La pirámide poblacional se está convirtiendo en un cilin-

---

***El Estado resulta pequeño para determinados desafíos, pero demasiado grande y distante para las necesidades locales.***

---

dro y pronto acabará en cono invertido. No hay quien sostenga en términos de seguridad social un sistema como el de Estados Unidos o el de Europa, por tanto van a depender crecientemente de otros, incluso teniendo las inmensas ventajas que tienen.

La estructura del Estado-nación se descentraliza hacia arriba y hacia abajo; se está cediendo soberanía, y ojalá sea para compartirla y no simplemente para cederla y que manden otros poderes. Quizás el encanto de Europa sea que cada cesión de soberanía es una cesión para compartirla, y no para cedérsela a alguien que mande sobre uno. Por eso me preocupa tanto que no se esté viendo en el análisis político de Europa algo tan elemental como esto.

En todas partes se está descentralizando hacia abajo el Estado-nación; en México cada vez se reivindican más el poder local y la descentralización, se llame estatal o se llame regional.

Por lo demás, hay que respetar la cohesión social, y la identidad, pero en una democracia representativa moderna los derechos colectivos que se refieren a las identidades no pueden chocar con los derechos individuales creando discriminaciones, positivas o negativas. El respeto a los usos y costumbres no puede quebrantar el pacto republicano básico de la igualdad de derechos y obligaciones ante la ley. Algunos dema-

gogos de nuevo cuño, que se llaman tolerantes y en realidad son arrogantes (porque toleran a los otros, aunque piensen que están equivocados), ponen por delante supuestos derechos identitarios que chocan con derechos humanos básicos. ¿Qué derecho cultural es aceptable si esa cultura entrega como esposa o esclava a una niña de nueve años sin su consentimiento y para toda la vida? ¿Qué derecho cultural puede de verdad ser respetado con la práctica de la ablación de clítoris en las comunidades africanas que crea una mutilación irreversible a millones de mujeres? ¿O la negación de la igualdad entre hombre y mujer en algunas culturas étnico-religiosas? Esto no es un derecho cultural, ni una interpretación del derecho divino; esto es eliminar de la competencia a la mitad de la población.

Los servicios públicos como telecomunicaciones y energía, que generan igualdad de oportunidades, se están privatizando, pero ¿cómo van a ser gestionados hoy estos derechos? No estoy diciendo que esa generación de igualdad de oportunidades tenga que ser empresa pública, que suele ser bastante ineficiente. A veces la propia comunidad que pertenece o que participa en la empresa pública no se da cuenta del carácter público de la empresa. Algunos a veces se niegan a las privatizaciones o a la competencia, simplemente porque creen que esa empresa es suya, no del ciudadano o del público.

---

***Mientras el papel  
de la política  
está cambiando,  
los políticos no lo hacen.***

---

En materia de telecomunicaciones y energía, por ejemplo, la optimización del beneficio como única regla crea desigualdad sobre el terreno. Pienso en un país como Chile, con 4.500 kilómetros de largo, donde ninguna zona tiene más de 200 kilómetros de ancho. Cuando hay que hacer un desarrollo gasístico, con llevar el gas a Santiago y su entorno se ha cubierto ya el suministro del 65% o 70% de la población. ¿Por qué se va a perder el tiempo en llegar a la Patagonia, donde hay tan poca gente? Pero ocurrirá que el que no tenga gas, el que no tenga energía, o el que no tenga un buen sistema de comunicación, se irá a Santiago, que es donde están las oportunidades, y cada día habrá más concentraciones urbanas, absolutamente insoportables, ingobernables, y que crean nuevas formas de discriminación y de desagregación social.

Los políticos tenemos que intervenir en estos asuntos. No gestionar a las empresas que prestan servicios, que solemos hacerlo muy mal, pero sí crear las condiciones para que el servicio llegue a todos los ciudadanos, y las oportunidades no sean tan desiguales. El papel de la política está cambiando muy rápidamente, pero no están cambiando los políticos. Hay cada día una mayor crisis de credibilidad en la política. Los políticos nos lo deberíamos decir a nosotros mismos, para empezar a salir de la crisis. Pero cada día aparecemos públicamente diciendo lo que es políticamente conveniente y, si es posible, con un asesor en *marketing*, como si estuviéramos vendiendo lavadoras o coches. Los políticos no se despabilan, mientras otros sí lo hacen.

Los creadores culturales han tenido siempre la función de anticipar el futuro, de ver donde otros no ven, po-

niendo un color distinto a la realidad o viéndola con un foco diferente, y esto es lo fantástico de la creación cultural. Pero también veo a mucha gente dentro del mundo de la cultura y dentro del mundo de la inteligencia que se está sumando a reacciones puramente defensivas frente al fenómeno que estamos viviendo. Ellos se llaman a sí mismos la nueva izquierda, y protestan en diversas ciudades del mundo cuando se reúnen el Fondo Monetario o la Organización Mundial de Comercio. Tienen razones de sobra para protestar, pero también tienen buenas razones para ofrecer respuestas que sean más sostenibles y más progresistas que la mera protesta.

¿Qué es Internet, por ejemplo? Es un espacio de oportunidad. Como ese espacio de oportunidad no tiene prefijado quién lo va a usar, lo mismo lo puede usar un narcotraficante que una persona que quiera desarrollar una labor solidaria. Y si el que quiere hacer un llamamiento a la solidaridad se dedica a quejarse, y el narcotraficante a ocupar la Red, la desigualdad será cada vez mayor.

Tenemos que hacer un esfuerzo para renovar nuestra capacidad de aprovechar oportunidades y por tanto nuestro compromiso con las respuestas. El gran desafío que tenemos por delante desde el punto de vista de la política es gobernar la globalización, pero como la globalización desborda las fronteras nacionales, tenemos que buscar nuevas formas de democracia representativa para gobernar más allá de las fronteras nacionales sin que éstas desaparezcan.

Ese invento que es la Unión Europea es formidable para esto, pero todavía estamos acostumbrados —ahora pongo

---

***Empresarios, creadores  
culturales y políticos  
deben crear juntos  
un nuevo paradigma.***

---

el caso de España— a que lo importante es votar en las elecciones generales de nuestro país. En el caso de Cataluña, por ejemplo, que es una comunidad muy desarrollada, hay siempre un 20% menos de participación en las elecciones catalanas que en las generales; sin embargo, el 80% de los problemas que afectan al ciudadano, como la educación o la salud, se deciden en Cataluña, no en Madrid.

El desafío, por tanto, es de gobernabilidad, y el otro desafío es el del paradigma, que en parte es el de las nuevas formas de democracia. Ahora bien, la gran paradoja de este nuevo modelo que vivimos —civilizatorio, económico, informativo, incluso financiero— es al mismo tiempo la solución; porque este modelo sólo va a sobrevivir, sólo será sostenible, cuando incorpore al proceso, de manera decisiva, al mayor número de seres humanos. La sostenibilidad, por ejemplo, de este modelo en América Latina depende de la desaparición de la pobreza y por tanto de la incorporación de millones de ciudadanos. Algunos dirán que esto es lo que piensa la izquierda. No es así. En realidad, esto lo puede pensar cualquier empresario inteligente que crea en su actividad, no para hoy o para el mañana inmediato, sino para las generaciones venideras. Si no hay gente que participe en la generación de nueva riqueza, tanto como consumidor como de actor, el modelo se va a agotar muy rápidamente. La nueva eco-

nomía tiene algo mágico: a partir del producto número uno, que cuesta mucho dinero (mucho investigación y mucha innovación), las siguientes unidades por millones tienden a un coste marginal próximo a cero. El único límite es el acceso de los ciudadanos a ese producto. Si la concentración de la riqueza se sigue produciendo espacial y socialmente al ritmo que se está produciendo ahora, simplemente se está poniendo un límite a la sostenibilidad del modelo. En cambio, si encontramos mecanismos para distribuir el ingreso, para participar activamente en esa nueva riqueza que se genera, el modelo será sostenible de un modo creciente, se acabará con la mar-

ginación —paradójicamente también en aumento— que el cambio está produciendo.

¿Quiénes son o serán los actores del nuevo modelo? Son los empresarios, los creadores culturales y los políticos. ¿Cuál es el problema entre esas tres tribus? Que cuando se reúnen y cuando se comunican, normalmente no se comunican más que para cosas que poco tienen que ver con este tema. Es hora de que esas tribus empiecen a comunicarse para poner en marcha un nuevo paradigma, que sea una respuesta sostenible y solidaria a ese fenómeno que llamamos la globalización.

---